

# Un arquitecto visionario Remembering Miralles



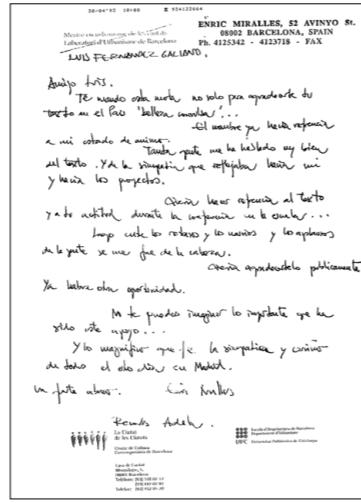
## Enric en el recuerdo Twenty Years without Miralles

Veinte años después de su muerte, la memoria convoca imágenes que se desvanecen como tinta en el agua. En el esfuerzo por perfilar los contornos de esta acuarela lenta, rescato textos del papel amarillento de la prensa o las páginas satinadas de las revistas, viejas cartas manuscritas o mensajes urgentes. El Enric Miralles que emerge es sólo un reflejo borroso en un jardín de espejos, pero acaso añade algún rasgo inédito a la figura deslumbrante de un creador desaparecido demasiado pronto.

El primer pecio que extraigo del olvido es una reseña de la exposición de arquitectura deconstructivista en el MoMA, que publiqué en el número 1 de *Arquitectura Viva*, y donde reprochaba a sus comisarios—Philip Johnson y Mark Wigley—no haber incluido en su lista a alguna de las parejas catalanas (Piñón y Viaplana, Martínez Lapeña y Torres, Miralles y Pinós), «de calidad no inferior a muchos de los que se muestran». La arquitectura española, escribía entonces, «no tiene aún la difusión internacional que merece», y sin embargo ese mismo 1988 me felicitaba—en el balance publicado en el anuario de *El País*—por la proyección exterior que había logrado Miralles, en un ejercicio durante el cual Santiago Calatrava había completado el puente barcelonés de Bac de Roda para cristalizar la imagen más difundida del año. Calatrava y el cuatro años más joven Miralles aparecerían desde entonces juntos en numerosas

crónicas como emblemas—pese a sus palmarias diferencias formales—de la vigorosa renovación de la arquitectura en un país que atravesaba entonces un momento dulce de su historia.

Así lo reflejaba mi comentario en *El País* en 1990 de los dos grandes volúmenes publicados por la revista *El Croquis*—con la que había colaborado hasta fundar *AV* en 1985—, donde auguraba que la mayor parte de los protagonistas de la obra serían desplazados en la década de los noventa «por arquitectos treintañeros como el valenciano Santiago Calatrava o el catalán Enric Miralles, que son objeto ya de un amplio reconocimiento en Europa»; así también mi retrato de familia en *Deutsche Bauzeitschrift* 6 de 1991, donde destacaba como los arquitectos más admirados del panorama español a dos autores «mediterráneos y jovencísimos», Calatrava, que trabaja entre Zúrich y París, y Miralles, «que enseña en Fráncfort y diseña en Barcelona un peculiar neoconstructivismo lírico»; y así incluso la crítica feroz en *Arquitectura Viva* 16 (1991) de un libro sobre las arquitecturas deconstructivas del californiano Aaron Betsky, *Violated Perfection*, que sin embargo servía para constatar la popularidad de ambos, ya que «entre el centenar de arquitectos cuya obra se ilustra hay dos españoles: Santiago Calatrava, los edificios del cual se disuelven ‘en los flujos incomprensibles de la ruina, que llegaba a comparar con las columnas al suelo de alguna obra de Gaudí. Unos días después del accidente Enric debía intervenir en la Escuela de Arquitectura de Madrid, y



que sólo después de un rato descubrimos que se trata de Álvaro Siza».

Paso por alto el año 1992, que marcaría la apoteosis coral de Barcelona, pero donde Enric—ausente de los encargos de la Villa Olímpica, y pese al Tiro con Arco y las pérgolas de Icaria—sería sólo un acento del relato olímpico. Sus grandes proyectos estaban entonces fuera de la ciudad, y el más importante de ellos, el Palacio de los Deportes de Huesca, sufrió en 1993 el desplome de su cubierta, una catástrofe a la que el arquitecto se enfrentó con audacia casi temeraria, sin rehuir en ningún momento dar explicaciones del suceso, y persiguiendo la mejor forma de continuar la obra sin dejarse abatir por las imágenes de la ruina, que llegaba a comparar con las columnas al suelo de alguna obra de Gaudí. Unos días después del accidente Enric debía intervenir en la Escuela de Arquitectura de Madrid, y

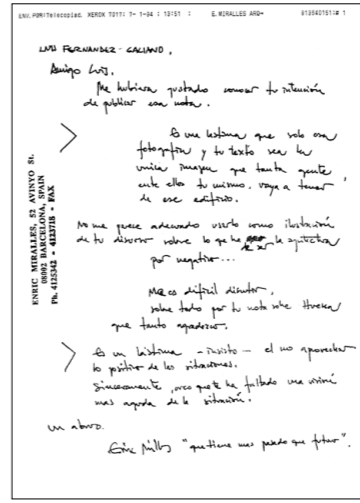
hablé con él para buscar otra fecha, juzgándolo abrumado por la repercusión mediática y las consecuencias judiciales del desastre, pero ante mi sorpresa mantuvo su compromiso y no evitó el asunto durante su conferencia en nuestro salón de actos. Tras el desplome yo había publicado en *El País* un extenso artículo donde resumía la carrera del arquitecto, describiendo con afecto «su noche más triste», y Enric me lo agradeció con una nota donde también mencionaba la simpatía y cariño que había sentido en Madrid.

El artículo tenía por título ‘La belleza convulsa’ («el nombre ya hacía referencia a mi estado de ánimo», escribía Enric), y en un texto redactado poco antes para la revista italiana *Abitare* sobre su única obra madrileña—la sede del Círculo de Lectores—ampliaba esta cualificación presentando la remodelación del local como una



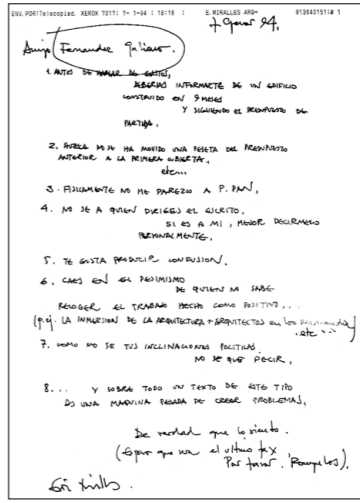
*action architecte* «que no persigue la belleza convulsa, sino la belleza epifánica». La pequeña remodelación junto al Retiro me había fascinado, y el breve artículo—que introducía las diez páginas de la publicación, y al que di el título, no recogido en la revista, de ‘Círculos de tiza’, para connotar su condición escenográfica—expresa, quizá mejor que ningún otro de los redactados después, mi admiración por quien describí como «un prestidigitador hedonista, enérgico y luminoso, un cazador de pájaros como el Papageno de *La flauta mágica*», que me parecía más próximo al Arp dadaísta o al Schwitters del *Merzbau* que al fermento catalán que se extiende desde Gaudí y Jujol hasta Miró y Dalí.

Tras el desplome de Huesca, la inauguración al año siguiente del otro gran edificio deportivo de Miralles, el Centro de Gimnasia Rítmica en



Alicante, suscitó un interés extraordinario, y tras visitarlo le dediqué una página en *El País* donde expresaba dudas sobre el atrevimiento estético y estructural de la obra, que juzgaba excesivo e inquietante. Enric me escribió el mismo día de aparición del texto, y lo hizo por duplicado, enviando un fax por la mañana deplorando mi nota y otro por la tarde enumerando sus discrepancias en letras mayúsculas. El periódico había destacado una frase de mi texto—«sería paradójico que a sus 38 años tuviera más pasado que futuro»—, y Enric firmaba su mensaje más dolorido añadiendo a su nombre «que tiene más pasado que futuro», un estrambote que el cambio del tiempo verbal hacía aún más doloroso.

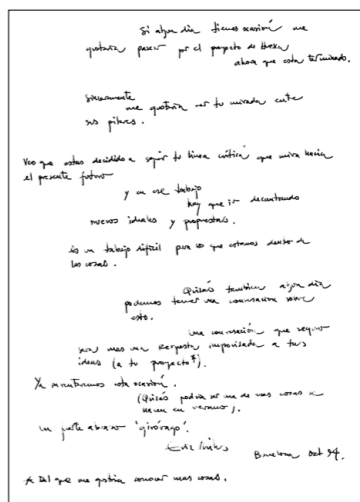
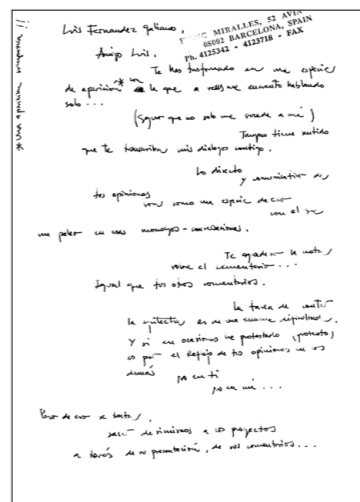
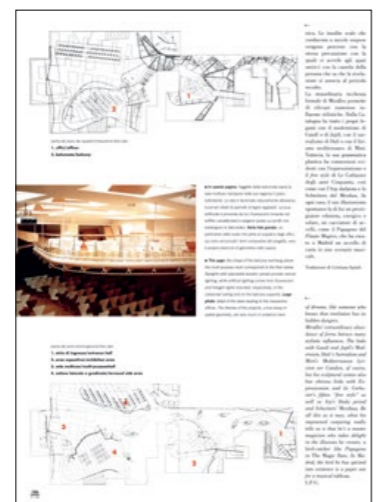
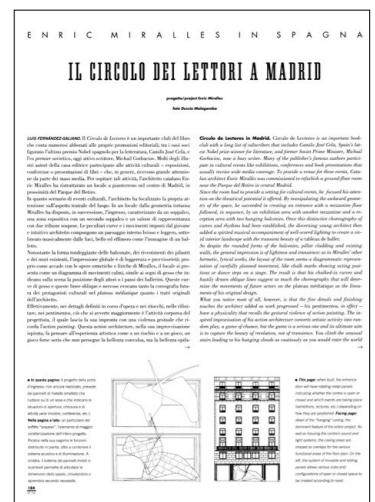
El mal sabor de boca de ese desencuentro pudo disiparse pronto, porque en el otoño de ese mismo 1994 me encargaron un artículo para el domini-

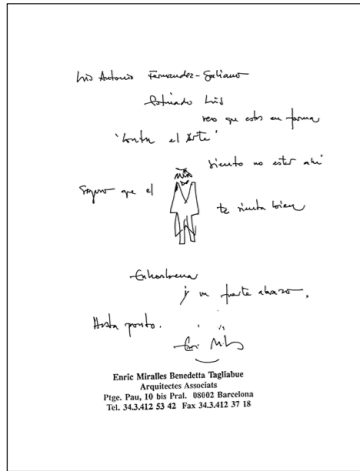


del periódico sobre la arquitectura española de la década anterior, que titulé ‘Cinco estrellas’ porque elegí cinco obras representativas, presentadas cada una con un pequeño ensayo y fotografías en color de edificios y autores. Una de ellas era inevitablemente el cementerio de Igualada, a mi juicio una obra maestra absoluta, que describí como un paisaje onírico donde la muerte se enreda con la vida en una danza circular, «girando el bailarín sobre sí mismo, interminable y perfecto, como un monje girvago ensimismado y eterno». Enric me hizo llegar inmediatamente una extensa y emocionante misiva donde en dos páginas me dibujaba como «una aparición simpática», aseguraba dialogar con mis opiniones, proponía visitar la obra de Huesca terminada y se despedía con «un fuerte abrazo ‘girvago’», un alivio tras el Enric «con más pasado que futuro»...

En 1995 celebramos el décimo aniversario de *AV* con una gran fiesta en el Círculo de Bellas Artes, una monografía donde regresábamos al Berlín de nuestro número primero y unos índices que recogían los casi mil edificios, artículos y proyectos publicados en ese tiempo, y la felicitación dibujada de Enric fue la imagen que usamos para dar cuenta del aniversario en *Arquitectura Viva*. Convertido en una figura nacional, Miralles aparecía a menudo en mis artículos, como concursante en el Museo de Arte Moderno en Zaragoza o como seleccionado en la Bienal de Arquitectura española, y el año siguiente, que vendría marcado por su premio en la Bienal veneciana, su nombre se asociaba simultáneamente al situacionismo, cuya exposición barcelonesa montó junto a Elías Torres, y a lo informe, cuya muestra parisina reseñé en *El País* vinculando Bataille y Derrida para desgranar un rosario de ilustraciones que incluían «las estructuras torturadas y mórbidas como ‘san Sebastianes’ de Enric Miralles».

El mismo 1995 Enric y Benedetta tuvieron la gentileza de invitarme a almorzar en su casa de Barcelona, un viejo edificio en el casco antiguo que habían remodelado dos años antes, y cuyo encanto me animó a incluirlo en una selección de diez casas del mundo que se publicó en el dominical del diario, con un texto que evidencia mi fascinación ante aquel caserón, «con las fábricas surcadas ya por innumerables huellas y cicatrices centenarias, un palimpsesto al que los arquitectos han añadido su caligrafía musical y lírica para construir la partitura de un *ballet* congelado. Desde los antiguos pavimentos, extendidos ahora como alfombras azarosas, hasta los nuevos muebles, que se dirían diseñados por un carpintero bailarín, todo en esta casa mágica es movimiento alegre y detenido». Una percepción luminosa, en el fondo semejante a la que en su día me había sugerido el Círculo de Lectores madrileño, y reforzada aquí por la presencia de Enric, que hasta en la manera de doblar las servilletas expresaba su creatividad juguetona; acaso el mismo desenfado formal y cromático que un año después le llevaría a ganar el concurso para la remodelación del ayuntamiento de Utrecht, del que también se daría cuenta en el periódico.





Por esos años nuestros caminos se cruzaron varias veces, y recuerdo vívidamente los *juries* en la GSD de la Universidad de Harvard, a menudo combates de esgrima dialéctica entre los profesores con la excusa de comentar proyectos de alumnos, y que dejaban a todos exhaustos salvo a Enric, que prolongaba la velada jugando al baloncesto con los estudiantes; recuerdo su felicitación, con dibujo incluido, cuando ingresé en 1997 en la Real Academia de Doctores; y recuerdo nuestros días durante 1998 en Lanzarote, que compartimos con Ignasi de Solà-Morales, Juan Navarro Baldeweg, Simón Marchán y Carlos Jiménez, a donde Enric acudió con Benedetta para presentar propuestas para la isla que en su caso se materializarían con una extraordinaria maqueta o escultura de mimbre que recomendé adquirir a los organizadores del evento, y que mucho después inspiraría el pabellón de EMBT en Shanghai.



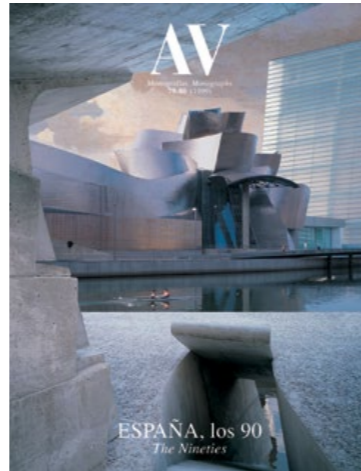
El año de Lanzarote fue también el del desplome de una gran escalera en la obra del Kursaal, y en mi artículo de apoyo a Rafael Moneo recordé el hundimiento de la cubierta de Huesca, elogiando la «energía testaruda» de Enric, que «consiguió completar el edificio con otra cubierta diferente, también diseñada por él». Pero fue sobre todo el de la victoria en el concurso del nuevo Parlamento de Escocia, que celebré con entusiasmo en *El País* con un artículo, ‘Catalán en Caledonia’, donde juzgaba su propuesta la mejor de las finalistas, y advertía al arquitecto que debía ‘prepararse para recibir el acoso de una multitud de *bravehearts* con la cara pintada de azul», como los hechos acabarían confirmando, convirtiendo el proyecto en una pugna titánica que puso a prueba la energía aparentemente inagotable de Enric.

No me resisto a reproducir el breve texto que publiqué en el dominical del diario el año siguiente, uno antes de su muerte prematura: «El niño prodigio de la arquitectura española tiene ya 44 años; Enric Miralles, que irrumpió en los años ochenta con un puñado de obras deslumbrantes, ingresa en la madurez con un desafío colosal: dotar de identidad figurativa a una vieja nación que recupera el autogobierno después de tres siglos. En el corazón de Edimburgo, una ciudad tan plácidamente hermosa como tenazmente conservadora en materia estética, Miralles —junto con su esposa y socia Benedetta Tagliabue— ha proyectado el Parlamento de Escocia con un lenguaje lírico y enérgico. Sin arreararse ni ante la condición emblemática del lugar ni ante la dimensión



simbólica del encargo, el autor del cementerio de Igualada ha recurrido a su excepcional intuición plástica y paisajística para trazar con violencia caligráfica unos barcos volcados que albergarán a los representantes de la soberanía popular. Al pie de la gran masa rocosa del Arthur’s Seat, y rematando la Royal Mile junto al Palacio de Holyrood, el futuro Parlamento de la antigua Caledonia reunirá las formas florales y escultóricas del catalán con los ecos arcaicos del nacionalismo romántico alimentado por las novelas de Walter Scott y los poemas de Robert Burns: un mundo de poesía y leyenda que se agitará en los volúmenes musicales, a la vez folklóricos y cosmopolitas, de ese joven maestro que es Enric Miralles». A finales de ese año 1999, *AV* publicó un balance de los noventa en España, y en la portada el Guggenheim y el Kursaal se percibían enmarcados por los volúmenes escultóricos y leves de Igualada, enlazando las figuras de Gehry, Moneo y Miralles como un lustro después haríamos en nuestra publicación del MoMA.

El viernes 24 de marzo de 2000 se inauguró en Houston la ampliación del Museo de Bellas Artes realizada por Rafael Moneo, y al hilo del evento Carlos Jiménez organizó en la Universidad de Rice un simposio sobre el arquitecto navarro en el que por parte española intervendríamos Elías Torres, Enric Miralles y yo mismo. Enric —que había ganado pocos días antes el concurso de la sede de Gas Natural, la mayor empresa catalana, con una escultórica torre de veinte plantas «que aletea con violencia sobre el perfil plácido del horizonte marino y la Barceloneta horizontal», como la describí en ‘La marca hispánica’— viajó a Houston, lo mismo que Elías y yo, y dimos por hecho que estaría allí por el seminario; la realidad, como más tarde supimos, era muy diferente. Había acudido con Benedetta para una consulta en el Centro Médico, y su ponencia —que incluso tenía título, ‘Re-marks’— nunca llegó exponerse. El gran especialista al que habían acudido decidió operar su tumor cerebral de forma inmediata, y Enric permanecería en Houston para el tratamiento posterior. A través de una buena amiga, la abogada de Gerald Hines Marley Lott, nos enteramos de que el promotor texano, que



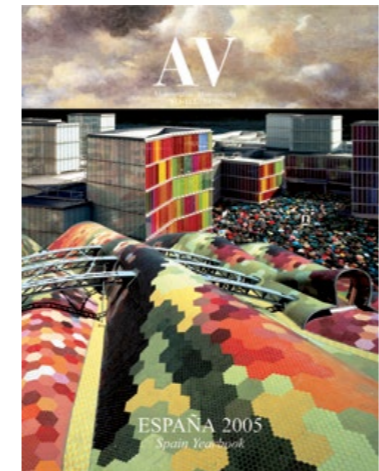
entonces residía en Londres, había cedido su casa en Houston, proyectada por Bob Stern, para Enric y su familia, y allí permanecerían durante los tres meses siguientes. Hines había elegido a EMBT como diseñadores del parque Diagonal Mar —una intervención paisajística que extendía la experiencia de Mollet, en su día portada de *Arquitectura Viva*—, y este vínculo estaba en el origen del generoso ofrecimiento del magnate.

El parque estaba fuera del perímetro del Fórum, pero creo que su huella se advierte en esa gran operación de Barcelona. Como sugeriría más tarde en un artículo de *El País*, ‘Triángulos virtuosos’: «recorriendo las sendas azarosas del extraordinario parque de Miralles, con los gaviones de alambre y roca de los muros de contención, los estanques de plantas acuáticas, las esculturas de tubo metálico, las tinajas de trencadís y los bancos alabeados, es imposible no pensar cuánto de su imaginación topográfica y lírica está presente en el dinamismo fluido de los paisajes del Fórum, cuyas primeras propuestas contribuyó a definir».

Durante los meses en Houston nos comunicamos sólo por fax, porque Enric prefería no usar el teléfono. La negativa a revelar su estado a los clientes escoceses hacía llegar a nuestra oficina consultas sobre su paradero o condición que no podíamos contestar, y en sus mensajes Enric, con una letra cada vez más incierta, atribuía a su pasión por la arquitectura la responsabilidad de su dolencia, y aseguraba haber comprendido que el afecto de los que le rodeaban era más importante que el desarrollo de su profesión. No me extenderé sobre

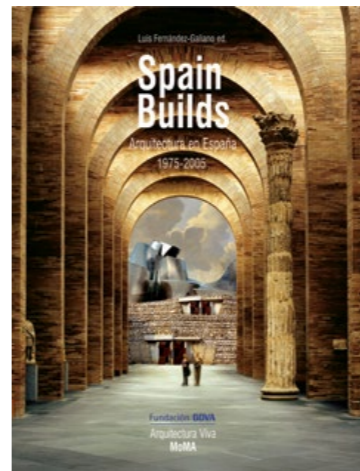
estos últimos compases, demasiado dolorosos para todos. Años después prologaría un libro de iniciación a la arquitectura recomendando a los jóvenes que tuvieran cuidado con esa enfermedad: «fue Carme Pinós la que primero me habló del virus, que a ella le había contagiado su marido Enric Miralles cuando todavía estaban en la universidad, y ya no pudo curarse como yo tampoco he podido, aunque la variedad de Enric era tan virulenta que lo mató, o al menos eso pensaba él cuando luchaba en Houston contra un cáncer, y quizás ese es el motivo por el cual todo lo que hacía tenía una belleza urgente que te hacía llorar, como ahora lloro al recordarlo».

Enric murió en julio, al poco tiempo de volver a Barcelona, y ese mes lo despedí con dos artículos en *El País*, el segundo de ellos compartido con Francisco Javier Sáenz de Oiza, que falleció quince días más tarde. A Enric lo enterramos en Igualada, con una ceremonia de la que recuerdo el golpeteo seco de las ruedas metálicas del carro que llevaba el féretro sobre el pavimento irregular de la capilla, y también el papel protagonista de Josep Acebillo, muy próximo al arquitecto en su última etapa. Benedetta tomó la decisión de continuar con el estudio y un lustro después culminó el icónico Parlamento de Escocia que, pese a la investigación parlamentaria por su sobrecoste documentada en otro artículo mío, ‘Pesquisas escocesas’, obtuvo el Premio Stirling y la aclamación crítica; el maravilloso mercado de Santa Caterina, cuya ondulante y cromática cubierta cerámica apareció en la portada de un anuario de *AV*; y la gran sede de Gas Natural



en Barcelona, una obra que comenté sin entusiasmo en ‘Gas artificial’.

El 12 de febrero de 2006 se inauguró en el Museo de Arte Moderno de Nueva York una exposición monográfica sobre la arquitectura en España, la primera que se dedicaba allí a un solo país desde la mítica ‘Brazil Builds’ de 1943. Su comisario, Terence Riley, me pidió un prólogo para el catálogo y me animó a editar una publicación complementaria, que diera perspectiva histórica a su presentación de las obras más recientes. La llamamos *Spain Builds*, y su portada era una composición fotográfica con las tres realizaciones que a mi juicio mejor representan lo construido en el país desde 1975: el museo de Mérida de Rafael Moneo, el Guggenheim bilbaíno de Frank Gehry y el cementerio de Igualada, donde hace dos décadas enterramos a su autor, un Papageno luminoso que hoy recordamos a través de la niebla húmeda de la mirada. *Luis Fernández-Galiano*



## Homenaje a un visionario Five Exhibitions in Barcelona

Enric Miralles murió el 3 de julio de 2000, y el vigésimo aniversario de su desaparición quiso celebrarse en Barcelona con un conjunto de exposiciones y eventos que la pandemia obligó a retrasar, pero que finalmente han podido inaugurarse el 14 de abril de 2021. *Arquitectura Viva* se suma a este homenaje con un texto donde Luis Fernández-Galiano recuerda su relación con el arquitecto, puntuada por los artículos en *El País* o la publicación de su obra en nuestras revistas.

Cinco exposiciones abordarán su figura y legado desde distintos puntos de la Ciudad Condal. La principal, ‘Miralles. A quarts de quatre...’, tendrá lugar en el emblemático Salón del Tinell, y ha sido concebida por Benedetta Tagliabue y Joan Roig como aproximación a la faceta de proyectista de Miralles a través del material gráfico de cuatro de sus obras más representativas: el Parlamento de Escocia en Edimburgo, el cementerio de Igualada, el mercado de Santa Caterina en Barcelona y el Palacio de los Deportes de Huesca.

Por su parte, Arts Santa Mònica acogerá la muestra ‘Miralles. Photos & Collages’, que descubre fotografías de viajes, fotomontajes y proyecciones del archivo personal de Miralles. La Fundació Enric Miralles organiza ‘Miralles. To be continued...’, que enseña otra porción del rico acervo del arquitecto que ha servido de guía a la trayectoria posterior del estudio Miralles Tagliabue EMBT. El Disney Hub presenta ‘Miralles. Perpetuum Mobile’, que profundiza en el trabajo de Miralles como diseñador de objetos y mobiliario; y, por último, la Escuela de Arquitectura de Barcelona acogerá ‘Miralles. A l’Escola’, dedicada a su labor docente, muy poco documentada.

Este tributo a cinco bandas se complementará con un ciclo de conferencias previsto para el mes de junio en el Colegio Oficial de Arquitectos de Cataluña y diversas publicaciones.

*ENRIC MIRALLES died on 3 July 2000, and the twentieth anniversary of his death was to be observed through a number of exhibitions and events which the pandemic put on hold, but which finally opened this past 14 April 2021. Arquitectura Viva joins the collective homage with a text in which Luis Fernández-Galiano recalls his relationship with the architect, marked by articles in El País and coverage of his work in our magazines.*

*Five exhibitions take stock of his figure and legacy from different points of the Catalan capital. The main one, ‘Miralles: A quarts de quatre...’, will open in the emblematic Saló del Tinell, jointly conceived by Benedetta Tagliabue and Joan Roig as a look at Miralles’s designer facet through a wealth of graphic material on four of his most representative works: the Scottish Parliament in Edinburgh, the Igualada Cemetery, Santa Caterina Market in Barcelona, and the Municipal Sports Hall of Huesca.*

*For its part, Arts Santa Mònica will host ‘Miralles: Photos & Collages,’ offering heretofore unpublished travel photographs, photomontages, and films from Miralles’s personal archives. The Fundació Enric Miralles has organized ‘Miralles: To be continued...’, which shows another portion of the architect’s rich heritage that has served as a guide for the subsequent trajectory of the studio Miralles Tagliabue EMBT. Disney Hub Barcelona presents ‘Miralles: Perpetuum Mobile,’ delving into Miralles as a designer of objects and furniture; and, finally, the Barcelona School of Architecture will be opening ‘Miralles: A l’Escola,’ throwing light on the subject’s largely undocumented teaching career.*

*This five-venue tribute is complemented by a series of lectures slated to take place in June at the Catalonia Institute of Architects (COAC), besides several publications.*